

Capítulo

1

Noviembre, 2002

París es una rubia... que a todos gusta...». Pues no, no me gustas, calla de una vez..., estás un poco loca... «Nariz respingona, aspecto burlón...». Nos tienes hartos de tu nariz y tu pelo...

«Los ojos siempre risueños...».

Jean-Luc tardó unos segundos en recoger sus pensamientos desperdigados por la colcha. «La voz de la cantante sale de la radio despertador —pensó—. Son las cuatro de la madrugada».

Y Jean-Luc recordó que era domingo, el día en el que debían chocar directos contra un paredón, apretando los dientes y el culo. Seguro que Noah y Farid le habían gastado una broma. Eligieron un dial abandonado a la nostalgia y pusieron el volumen a tope. Si pretendían que olvidara el miedo, no lo habían logrado. A Jean-Luc le dolía el estómago.

Se levantó, fue al cuarto de baño, se mojó el rostro con agua fría y miró fijamente en el espejo a un tipo de cabeza rapada y perilla morena calcado al de la víspera. Se tragó un antiespasmódico, se vistió y bajó a la cocina.

Allí estaban Noah y Farid ante un café, con cara de circunstancias, aguantando la risa, eso se notaba. Mordisqueaban unos biscotes, ambos vestidos de negro y el pelo negro, Farid ojos negros, Noah azules; al margen de ese detalle, siameses, siameses del Mediterráneo.

—Eso es París —cantó Farid.

—Cha che París —dijo Noah con la boca llena—. ¿Has dormido bien, mi querido Jean-Luc?

Farid había cogido mermelada de arándanos, su preferida, un tentempié antes de renunciar a probar bocado en todo el día, por el ramadán.

—Como dices que Noah y yo sólo escuchamos rap americano, hemos querido darte gusto —dijo, mientras bailaba con las manos, donde brillaban tres anillos de plata.

Farid nunca se los quitaba. Durante los alunizajes, siempre los llevaba bajo los guantes. Significaban mucho para él, pero ¿qué?

—*Yo, man!* Lo que nos gusta es darte gusto —abundó Noah.

—Observa, la Mistinguett remasterizada, ésa es la idea con la que te has de quedar —añadió Farid, haciendo un nuevo gesto gracioso que demostraba lo relajado que se sentía.

Farid estaba satisfecho de sus manos; y también podía estarlo de su cara: la jeta guapa de un tipo de veinte años que no se preocupa por nada, porque el mañana no existe. Comparado con esos dos, Jean-Luc se consideraba un viejo. Un viejo de veintiséis años. Se esforzó por sonreír.

Los siameses acabaron de desayunar, Jean-Luc sólo pudo tragar un café, y el trío bajó al garaje a recoger los kalashnikovs, las mazas y las bolsas. Subieron a un Mercedes todo-terreno. La puerta automática se abrió ante un BMW aparcado detrás de la verja; Menahem, al volante, puso de inmediato el motor en marcha. Menahem, un excelente chaval, siempre

hacía las entregas como un clavo; había mangado el todoterreno y el BMW en Asnières. Noah protegía a su hermano, jamás permitiría que pusiera un pie en esa casa: había quedado claro, únicamente se ocuparía de proporcionarles los vehículos y conducirlos.

Mientras atravesaban Saint-Denis, Noah encendió la radio. Rápidamente surgió el conflicto de Palestina. Unos cuantos muertos en un atentado suicida. Sharon por un lado, Arafat por el otro y Ramala en ruinas. Farid cambió de emisora. Farid siempre cambiaba la emisora de la radio, la cadena de la tele, el tema de conversación o el espacio vital cuando se hablaba en serio, y jamás abría un periódico. Por eso prefería el rap americano; no le gustaba el francés, le obligaba a escuchar la letra y entonces tenía que pensar en los demás. En cuanto a Noah, todo lo que había aprendido escuchando a los raperos yanquis era ese *Yo, man!* que soltaba sin parar.

Jean-Luc tomó otro antiespasmódico; necesitaba hablar para olvidar que el intestino le bailaba la javera; además, todo lo que le pasaba por la cabeza a Farid Yunis le despertaba curiosidad. No podía ser únicamente un tipo que derrochaba la pasta en ropa y CD. Farid se cerraba como una ostra. No obstante, una ostra con perla. Jean-Luc pensó un instante y le preguntó:

—Farid, ¿tienes algún problema con la realidad?

—Ninguno. Mi realidad es la pasta.

—*Yo!* La mía también —dijo Noah.

—¿Te das cuenta, Jean-Luc? Mi mejor amigo es un sucio judío y su realidad también es la guita.

—Eres el moro de mi vida —soltó Noah, revolviendo el pelo a Farid.

—No lo entiendo. Jamás discutís sobre ese asunto.

—Ya hay demasiada gente que habla de ello —respondió Farid.

—¡Uy, eso sí que sí! —apuntó Noah.

—Si yo estuviera en vuestro lugar, se me revolverían las tripas. Hermanos matándose entre ellos. Podríais ser vosotros, cada uno en un bando. ¿Lo habéis pensado?

Un profundo silencio por parte de los siameses. Ese silencio tranquilo de quien desafía al miedo y no se cuestiona nada. El todoterreno entró en París y Noah condujo hacia el bulevar Ney con Menahem y el BMW siempre a su rebufo.

—Es una pesadilla en espiral —continuó Jean-Luc—. Gente decidida a destriparse hasta el final por un trozo de tierra prometida hace tanto tiempo que ya ni se sabe a quién. No veo cómo puede pararse eso.

—Yo, *man!* —dijo Noah—. «Pesadilla en espiral». ¿De qué hablas?

—De los muertos que se amontonan, de la tensión que aumenta. A eso me refiero, Noah.

—Es verdad que nos concierne —respondió Farid—. Y te diré por qué, Jean-Luc.

—Adelante, te escucho.

—Pienso que es malo para nuestro negocio. Porque siembran el caos en todo el planeta y porque, por ese motivo, los terroristas aterrorizan y la gente tiene miedo. Entonces, aquí o en cualquier sitio, vota a la derecha. Y como resultado, hay un montón de pasma por todas partes, principalmente en París, y eso hace más difícil nuestro trabajo. ¿Te das cuenta de que mi colega, el sucio judío, y yo pensamos en ello? Hemos entendido a la perfección que todo está relacionado. ¿A que sí, Noah?

—Por supuesto, *man* —afirmó Noah, tragándose las ganas de hacer un chiste.

—Un respeto, Farid. Resulta un resumen interesante vincular a terroristas que aterrorizan con nosotros que alunizamos.

—Querías saber si tenía un problema con la realidad; ahora ya lo sabes. Yo miro de frente a la realidad.

Jean-Luc se rindió interiormente ante la inconsciencia de los siameses. Entonces se daba cuenta de que envidiaba esa inconsciencia. Quizá si hubiera sido judío o árabe, o ambas cosas, los siameses habrían sido sus colegas de verdad; una complicidad así debía de ayudar a sentir menos miedo en el momento de chocar contra la luna. Sin embargo, lo único que sabía es que estaba circuncidado. Antes de abandonarlo, su madre se preocupó de que le cortaran el prepucio. Vete a saber por qué.

Lo adoptó una familia normanda y creció en un pueblecito donde los críos acudían al catecismo sin protestar. Un día explicó a los siameses del Mediterráneo que era un poco como ellos, pero menos definido. Su prepucio cortado no les interesó más que la destrucción de Ramala.

Seguía doliéndole el estómago.

Un París desierto desfilaba por la ventanilla. Hasta las putas de Europa del Este se habían ido a dormir. El otoño se parecía cada vez más al invierno. El deseo de surcar el Mediterráneo le atraía más y más. Unos cuantos golpes más y podría comprar el barco de veinticinco metros de sus sueños. Una oportunidad, un negocio de un millón doscientos mil euros. La operación la haría a través de un intermediario de Palma de Mallorca. Dices que prefieres pagar en metálico y la pasta vuelta a una cuenta de un banco en las Islas Vírgenes, un paraíso fiscal donde los barcos cambian de matrícula como los vientos de dirección.

De vez en cuando, escucharía canciones francesas para acordarse de París y, quizá, un poco de Normandía. Después de todo, gracias a su infancia normanda se había convertido en navegante. Jean-Luc se preguntó por qué Farid nunca hablaba de Argelia, el país de sus padres. Los Yunis vivían en el barrio de Stalingrad y Farid jamás iba allí, estaba enfadado con su viejo. También la hermana estaba enfadada con el pa-

dre y el hermano con la hermana. Un auténtico revuelto de amargura.

* * *

Se acercaban a su destino. Noah dejó atrás Saint-Philippe-du-Roule. Jean-Luc leyó la pancarta que colgaba del frontón: «Acude a él, Jesús está aquí para escucharte». Mejor hubiera sido algo sexy del tipo: «Jesús se entrega a ti». En aquel momento, la gente necesitaba eso, tenía miedo. Jean-Luc había oído hablar en la radio de un estudio. Los franceses no estaban a la cola en cuanto a temores. El terrorismo, el paro, la amenaza de la guerra, mareas negras, virus apocalípticos, vacas locas, maíz mutante, sectas de clonación. Todo les asustaba. Decididamente, sólo se vivía bien en el mar, a condición de evitar las zonas de piratas. «Si pienso en otra cosa, tengo menos miedo», se decía Jean-Luc. Ya llegaban, era cuestión de pocos segundos...

En los Campos Elíseos había algo más de gente que en los bulevares de los mariscales. Un puñado de juerguistas salía de una discoteca; por aquí y por allá, algunos anormales, a quienes nunca nadie preguntaba por qué, recorrían la acera a todo correr en un frío amanecer. Se veía algún coche, pocos, que circulaban muy aprisa por la avenida que se les ofrecía hasta la plaza de la Concordia y más allá. Un París fluido...

Habían llegado.

Farid se puso los guantes sin que le temblaran las manos. En los bajos de un edificio moderno, una cristalera bien iluminada con un portero automático, dos empleados detrás de las ventanillas y, mala potra, dos clientes. Un chico y una chica con mochilas.

—¿Qué coño hacen unos turistas en una oficina de cambio a las cinco de la madrugada? —articuló Jean-Luc mientras se colocaba el pasamontañas.

—Buscar algo de pasta, como nosotros —dijo Farid.

Noah aminoró la velocidad, todo el mundo se puso el cinturón. Farid le bajó el pasamontañas a Noah antes de colocarse el suyo. El judío subió el todoterreno a la acera, aceleró.

—¡París es una rubia...! —berreó.

—¡Que a todos gusta! —siguió Farid, riendo.

«Se divierten como unos pobres locos, es increíble», pensó Jean-Luc. El todoterreno chocó contra la luna. El crujido de un iceberg y unas fisuras grandes. Aliviado, Jean-Luc pensó: «Listo, lo conseguiremos». Noah dio marcha atrás y aceleró. Un agujero en el cristal, ya estaba, se hundía. Y ni una sirena, ni un poli, nada. Un milagro que se repetía una y otra vez.

El trío bajó del coche con los kalashnikovs en bandolera; Farid y Jean-Luc agrandaron el agujero con las mazas, mientras Noah, en el techo del todoterreno, los cubría. Oían chillar a la chica. Jean-Luc apuntó a los oficinistas, Farid a los clientes. La chica gimoteaba, tenía pinta de trotamundos decente. Farid le golpeó en el rostro y cayó de rodillas, sangrando por la nariz; acto seguido le pegó el cañón contra la sien. Petrificado, su chico parecía a punto de caerse redondo. Durante ese rato, los oficinistas permanecían inmóviles, con las manos arriba. La fuerza de la costumbre. Jean-Luc sacó las bolsas de la cazadora y las tiró por encima de la ventanilla. Farid se dirigió al más joven:

—Mete ahí todo lo que tiene la caja fuerte en la panza. Rápido.

El oficinista hizo lo que Farid le ordenó. Jean-Luc apuntaba el kalashnikov ora a los turistas, ora al segundo empleado, que seguía sin moverse. El dinero manaba y manaba. «Es el golpe de mi vida», pensó Jean-Luc. La mujer volvió a gemir:

—*Please, don't shoot, please...*

—*Shut up!* —mugió Farid.

Jean-Luc no sospechaba que Farid hablase inglés. Claro, a fuerza de escuchar tanto rap, algo pillaba.

Cuando salieron de la oficina de cambio, Menahem llegó en el BMW con las portezuelas entreabiertas. Jean-Luc saltó delante, Farid se deslizó detrás, junto a Noah. Menahem aceleró hasta la rotonda de los Campos Elíseos y giró hacia la avenida Matignon.

«Otro limpio milagro — se dijo Jean-Luc—. A bote pronto, por lo menos habrá un millón de euros. Eso como mínimo». Noah empezó a contar los fajos y Farid sonreía con la mirada perdida.

Merecía la pena burlarse del miedo. Jean-Luc siempre había presentido que con Farid tendría suerte. En prisión, había perfeccionado una técnica para descubrir el interior de la gente. Cuando quería penetrar en una persona, pensaba muy concentrado en ella, de tal modo que terminaba en trance. Veía como un vidente. Poco después de salir de Fleury, Jean-Luc se concentró en Farid y vio un ángel negro sobre un fondo de cielo agrietado de naranja, un cielo a punto de reventar de ira. Unas inmensas alas flotaban como velas, produciendo un sonido suave e inquietante.

Mientras ese poder se mantuviera concentrado en la pasta, todo iría viento en popa. No obstante, ¡ojo si se volvía contra alguien! Farid tenía agallas para matar.

La trotamundos americana no se dio cuenta de a quién se enfrentaba. Quizá porque era mujer. De manera instintiva, los hombres sabían que había que respetar a Farid para que el cielo inflado de ira no se partiese en dos y cayera sobre el mundo.

* * *

—Tíos, así, a ojo, hemos pillado un millón quinientos mil euros — señaló Noah con una voz sin timbre—. Hasta un paquetito de dólares, y yenes.

Menahem se permitió soltar un silbidillo. Farid metió de nuevo los billetes en las bolsas tranquilamente. Sin embargo, a Jean-Luc le parecía que estaba contando.

— Me dejas en el pasadizo del Deseo — dijo Farid a Menahem mientras cerraba una de las bolsas—. Regreso a Saint-Denis en metro.

— ¿Qué haces, Farid? — preguntó Jean-Luc.

— Estoy cogiendo mi parte.

— ¡*Man*, es de pirados pasarse con toda esa pasta! — dijo Noah.

Jean-Luc intentó leer en Farid, pero éste evitaba su mirada.

— ¿Para tu hermana?

— No, no es para Jadiya, sino para Vanessa.

— ¿La amiga de tu hermana?

— Exacto. Le daré mi parte.

— ¿Cómo?

— Me has entendido muy bien.

— ¿Por qué vas a darle tanta pasta a esa chica? Ni siquiera es de tu familia.

— Jean-Luc, ¿quién te dice a ti que Vanessa no es de mi familia?

Aunque el tono de voz no tenía nada de duro, en ese momento Farid le miraba directamente a los ojos. «Las alas del ángel crujen», se dijo Jean-Luc. Sopesó sus palabras:

— Era mera curiosidad; además, ahora que hemos dado este magnífico golpe, quizá convendría pensar en el futuro...

— Con mi pasta hago lo que me da la gana.

— Nunca he dicho lo contrario. Todos hacemos lo que queremos. Pero, al menos, piénsalo un poco.

Menahem detuvo el BMW en la calle Faubourg-Saint-Denis. Farid salió sin decir ni una palabra y se alejó bajo la lluvia hacia el pasadizo del Deseo. Jean-Luc dejó que Menahem cir-

culara un poco antes de reanudar la conversación, unas cuantas frases inocentes para despistar. Conocía a Noah y sabía que siempre acababa hablando, sobre todo si Farid no estaba a la vista. Jean-Luc no se había tomado la molestia de entrar en trance con Noah. No merecía la pena el esfuerzo. ¿Qué habría podido ver? El ayuda de cámara de un ángel, el pez piloto de un tiburón, ¡pues vaya! Una comadreja amiga de un chacal. Noah tenía un lado cautivador y había que preguntarse por qué.

Jean-Luc lo conoció en el trullo y Noah se alegró de contar con un grandullón para que lo protegiese de los chiflados y maricones. Cuando salieron, el judío se unió a Farid y Jean-Luc perdió parte de su amistad, aunque no se enfadó por ello. Farid y Noah formaban equipo con él por su casa, un buen escondite que no querían dejar escapar. Los siameses vivían en un suburbio por donde se movían demasiados logreros y polis. En consecuencia, Jean-Luc creía que a Farid se le podía controlar, siempre que se le tuviera bien cogido por los huevos.

—¿A ti te cabe en la cabeza que un tipo le dé pasta a una chica que no quiere saber nada de él?

—Eso demuestra que la respeta —respondió Noah.

—Me parece caro el kilo de respeto. —Menahem soltó una risa ahogada.

—*Yo!* Menahem, estás aquí para conducir, ¡no te metas donde nadie te llama!— dijo Noah. Y, dirigiéndose a Jean-Luc—: Da a entender que no es un cualquiera, que tiene clase. Es eso, no le des más vueltas, *man*. Y si quiere que Vanessa vuelva con él, tampoco es un mal plan.

—¿Para qué necesita engatusar a esa chica? Si fuéramos tú o yo, lo entendería, pero Farid, con su jeta...

—Farid no se contenta con poco.

—¿Tan guapa es?

—No lo sé, *man*.

—¿Tú eres su mejor colega y no lo sabes?

—No.

—¡Vamos, Noah!

—¡Te lo juro por mi vida, nunca he visto a esa tía!

—¡Tiene miedo de que se la levantes!

—Farid es mi hermano, como Menahem. Le cuento todo, me cuenta todo, pero de Vanessa no me habla. Y yo le respeto. Lo admito. El día que Farid me diga algo de Vanessa lo escucharé. Mientras tanto, controlo la lengua.

«Es mi hermano». Justo delante de ellos había unas nubes violáceas sobre un fondo más gris plomo que negro noche. París se despertaba con lentitud y daba la impresión de que eso le hacía daño. Aunque había dejado de llover, la tregua no duraría, el cielo amenazaba. Hacía frío, los últimos vestigios del veranillo de San Martín desaparecían. Menahem circulaba cómodamente, las aceras brillaban por el agua; con las calles vacías de gente y sin polis, estarían en Saint-Denis en un abrir y cerrar de ojos.

«Mi hermano».

Jean-Luc admitió que no le bastaba con entender mejor a Farid, siempre quiso que se interesase por él, que le llamara «hermano» con ese acento que le salía algunas veces. Ese acento era todo lo que conservaba de un país que, a todas luces, le importaba un carajo. Mi hermano, mi circuncidado de Normandía. *Yo! Man!*